

José Andrés-Gallego

1767: Por qué los jesuitas

Debo comenzar advirtiéndole que, si toda apreciación humana es subjetiva (y, por tanto, toda tarea historiográfica), ésta lo es doblemente. Lo que sigue es respuesta a una preocupación pura y estrictamente personal. Durante años, he pensado que las explicaciones que se daban a la expulsión de los jesuitas eran insuficientes; no guardaba proporción la magnitud de la medida, que estribó por lo pronto en desterrar a cinco mil personas, con los argumentos que se aducían (el laxismo, el tiranicidio [...]). Sobre todo, no resultan suficientes si presuponemos la buena voluntad y la militancia cristiana de quienes adoptaron la medida (y, en Carlos III, parece claro que hay que partir de esos presupuestos).

Desde hace años, por eso, he ido “coleccionando” los argumentos antijesuiticos de la literatura que he empleado en el estudio de las actitudes hispanas ante el poder (que es el objeto principal de mi quehacer investigador desde 1982) entre 1760 y 1770.

¿Qué documentos? Esos que median entre las obras académicas y la conversación callejera: documentación administrativa municipal, regional, nacional, internacional, civil y eclesiástica, juicios y expedientes de toda laya y condición, correspondencia privada [...]; documentos, en suma, “factuales”, no teóricos, sino de aplicación de teorías.

¿De quiénes? De las más diversas autoridades de España y América, autoridades altas y bajas, reos, testigos y meros observadores de las cosas que sucedían a su vera.

El resultado debería ser, presumiblemente, muy heterogéneo. Y, sin embargo, no es así. Se trata de un conjunto coherente, sistematizable, sin apenas contradicciones (si alguna). Había —en otros términos— unanimidad al respecto, en los defensores como en los detractores. Repetían por doquier un estereotipo, benévolo o malévolo. ¿O es que las cosas eran así de claras?

La coherencia del conjunto no equivale a repetición. Había diferencias importantes, de nivel, que dependían de los conocimientos y el

talante de cada cual. No sabía decir lo mismo Tanucci que el escribano *Pancho* que hallaremos en El Arahal. Tanucci se movía como nadie entre los extremos: anudaba las teorías librescas sobre los males de la Iglesia católica con los últimos vicios de la condición humana.

Ahora bien, lo que nos importa a la postre, para responder a nuestra inquietud como es debido, es saber si ese pensamiento explicativo era precisamente el de los ejecutores de la expatriación, empezando por *Carlo Terzo*.

En concreto, los jesuitas hispanos

Vayamos por partes: primero, el argumento. Y el argumento era, al principio, sencillo: se hablaba y se enjuiciaba a los jesuitas de la peor manera posible. “Los superiores de Méjico —escribía, entre tantos, el jesuita autor de las *litterae annuae* de 1757 sobre las misiones septentrionales de Nueva España— [...] ya han experimentado a menudo la facilidad con que se levantan contra los nuestros las más enormes imposturas.”¹ Diez años después, en 1767, le daba la razón el conde de Aranda al asumir y subrayar que “los vicios espirituales como los temporales de que adolecen [los jesuitas] y las maniobras con que dichos Padres, afectando en lo exterior dimitirlas, han ganado varios obispos y aun tribunales para acreditarse de necesarios y parecer tales”.²

Meses después, ya en 1768, hablando del Paraguay y las famosas reducciones, el secretario de Gracia y Justicia, don Manuel de Roda, daría buena muestra de este tipo de atribuciones: aquellos indios guaraníes, diría, “eran esclavos que obedecían ciegamente lo que los padres jesuitas les mandaban”. Y eso por más que, según él, los trataban de la peor manera que se pudiera imaginar: no los confesaban ni les daban el viático en sus casas cuando estaban enfermos, sino que —“por no incomodarse”— los obligaban a ir a recibirlo a un lugar cercano a la iglesia y los dejaban morir sin más auxilio ni asistencia; “incorregibles en sus excesos”, administraban los sacramentos de un modo contrario a la práctica de la Iglesia católica y, en concreto, a las indicaciones que les

¹ *Apud* Burrus (1963: 23).

² Al marqués de San Juan, 13 de abril de 1767, *AGI*, Indiferente general, 3.085-A.

había hecho el obispo de Buenos Aires; no se preocupaban de evangelizar a los indígenas infieles más próximos a las reducciones, no pocos de los cuales –aseguraba Roda– se presentaron ante los nuevos administradores eclesiásticos para bautizarse y reducirse en cuanto tuvieron noticia de que se habían ido los padres. “No han sido ocultos los objetos de aquella depravada norma”, añadía, con una afirmación que es una incógnita.

Pese a la fertilidad del país, mantenían a los guaraníes en la mayor miseria; sólo les daban una escasa ración de carne y un poco de maíz como toda comida y, sólo al padre de familia, una onza de yerba. Y lo mismo con el vestido, en las mujeres “con un extremo que no puede declararse sin faltar a la modestia”. “Estas tiranías y la estrechez de las habitaciones ocasionaban muchas ofensas a Dios, y frecuentes enfermedades y epidemias, en que perecía crecido número de aquellos pobres a cuyas expensas engrandecían los jesuitas su poder, disfrutando toda la substancia de este imperio; que así lo titulaban comúnmente.”

No les habían dejado aprender castellano ni rozarse con español alguno, y eso a pesar de las varias órdenes emanadas del rey para que se pusieran escuelas donde pudieran aprenderlo. “Constante ha sido el despotismo con que los han dominado, sin permitirles conocer más Dios, Rey, ni santos, que a los de la Compañía, teniéndoles infundido en el corazón un odio implacable contra los españoles”.³

³ En su derrota, cuenta, el gobernador encontró al “famoso Nicolás [Nengurin] de quien tanto han hablado las gacetas”, y Nengurin le explicó la desgracia en que se encontraba desde hacía años por no haber ejecutado las órdenes –“por haberle parecido tiranía”– que le había dado en su momento el padre José Cardiel y que consistieron en que pasara a cuchillo el destacamento de milicias del Paraguay; “que vino al monte grande, después del sacrificio tan inhumano que allí mismo ejecutaron con el de los Correntinos, pareciéndole que cumplía con quitarles las armas y caballos, como lo hizo; y que inmediatamente le desposeyeron de cuanto tenía y lo desterraron desde el pueblo de la Concepción, de donde era natural, al de la Trinidad, en que había permanecido hasta ahora, que informado de que el gobernador estaba cerca pudo huirse y venir a encontrarle”. Aquí, lo de que no creía tener responsabilidad –sigue Roda– “en atención a que eran esclavos que obedecían ciegamente lo que los padres jesuitas les mandaban”.

En el Yapeyú, Bucareli se mantuvo diez días “para disipar las especies con que los de la Compañía tenían engañados a los pobres indios”; consiguió que regresaran los que estaban huidos en chácaras y montes “a influjo de los jesuitas”. En uno de los pueblos más distantes, el cura del mismo, Tadeo Enis, indujo a los indígenas a que

Todo ello no era en realidad sino un aspecto de la sed de poder que se les achacaba. Un instrumento principal habían sido los confesores regios: el padre Nithard y los de los validos de los Austrias; Daubenton y Rávago en la época de Felipe V y Fernando VI respectivamente; incluso los de los hijos de Carlos III, que desde 1748 había confiado a jesuitas su educación y orientación moral, y los de su madre y su esposa.⁴ Concretamente, el padre Rávago había aprovechado su ascendencia sobre Fernando VI para introducir consejeros y obispos afectos a la Compañía y al papa que tragan todos los despropósitos venidos de Roma, todos los abusos, todas las usurpaciones, toda la rapacidad, cualquier insidia pontificia contra la soberanía del príncipe y la libertad y el bien de los súbditos.⁵ Al morir, Rávago habría tenido que rendir cuenta a Dios de muchas cosas y de los muchos males que había hecho a la Monarquía y al rey en beneficio de la Compañía de Jesús. En realidad, cualquier jesuita, allí donde estuviera, actuaría igual.⁶

El representante español de los Cabildos catedralicios de Méjico y la Puebla de los Ángeles (no los capitulares personalmente) atribuían en concreto a influencia del padre Rávago sobre su penitente, el rey Fernando VI, el decreto de 9 de enero de 1750, que había resuelto a favor de los

exigieran al comisionado –en ese caso Riva Herrera, enviado por Bucareli– que mostrara la bula pontificia en virtud de la cual efectuaban el extrañamiento.

En Santo Tomé, el pueblo manifestó el sentimiento de que sus curas hubieran quemado “hasta las raíces de los árboles de la huerta y hecho otras acciones poco cristianas, sirviéndoles de consuelo su expulsión” (esto y lo citado arriba, *apud* Ferrer 1990: 49-54).

Hay que decir que la influencia de los jesuitas de las reducciones sobre los indios para que no aceptaran el tratado de límites, la atestiguó el también jesuita Lope Luis Altamirano, enviado para obligarles a cumplirlo: “Los indios –escribía a Rávago el 22 de julio de 1753– ya estarían mudados a haber querido seriamente los Padres, que en mi dictamen, según lo que he observado y experimentado, son la verdadera causa de su levantamiento y perdición, y del descrédito de nuestra buena madre la Compañía” (*apud* Alcaraz 1995: 689).

⁴ Sobre esto Medina (1991: 16-7): El jesuita que se encargó de preceptuar al príncipe Carlos y a los infantes en 1748 fue el andaluz José de Barba y Guzmán; pasó con ellos a España en 1759 y, debilitado por la edad, lo sustituyó en 1762-1763 el gaditano y físico, jesuita también, Antonio Zacagnini.

⁵ Cfr. Tanucci (1988, X: 271).

⁶ Cfr. Tanucci (1994: 10).

jesuitas el litigio sobre los diezmos de Indias (que terminó precisamente al comenzar 1767, en contra de los frailes).⁷

Y de la regia cámara a todas las cámaras de la Monarquía Católica. En todos los niveles de gobierno, desde el general hasta el local, se les acusaba de intervenir y maniobrar para colocar sus peones. “Para llevar adelante sus ideas—escribirá el gobernador de Buenos Aires al conde de Aranda en 1768—, los de la Compañía solicitaron colocar en todos los empleos de estos Reinos y Provincias a los que ciegamente se entregaban a su disposición o que habían criado dependientes de su arbitrio, practicando los medios más reprobados a fin de mudar y destruir [a] los que juzgaban embarazo a sus máximas.” Entre otras cosas, habían pensado en don Pedro Cevallos, gobernador de Buenos Aires hasta 1766, como virrey del Perú y luego como secretario de Indias.⁸

El propio cese del jesuita Rávago como confesor de Fernando VI en 1755 (vinculado a la caída del marqués de la Ensenada, de voluntad filojesuítica, como secretario de Hacienda, Guerra, Marina e Indias en 1754) había estado unido a la leyenda de las ambiciones de constituir un reino jesuítico en América.⁹ No otra había sido la razón—se argüía—del empeño puesto por los religiosos encargados de las reducciones guaraníes para frustrar el tratado de límites hispanoportugués de 1750, en virtud del cual habrían pasado siete de las reducciones del Paraguay a territorio lusitano. Porque ellos, los jesuitas, habían sido quienes azuzaron a los indígenas contra los nuevos ocupantes portugueses.

Habían pretendido formar un gran ejército indígena para acabar también con la soberanía española y formar el dichoso *imperio jesuítico*, afirmaba el obispo de Tucumán, el castellano Abad Illana. En 1755, incluso se corría por Madrid que habían hecho rey de los guaraníes a un Nicolás I, que había llegado a labrar moneda con su efigie. Algunas

⁷ Vid. memorial de los Cabildos catedralicios de Méjico y la Puebla de los Ángeles, sin fecha (1760), AGI, Indiferente general, leg. 3085-A.

⁸ Cit. Acevedo (1969: 38).

⁹ Ésta del tratado de límites de 1750 sólo fue una, en realidad, de las posibles causas de la caída de Ensenada. En cuanto a Rávago, también pudo suceder así, pese a que había apoyado el tratado en cuestión: vid. Alcaraz (1995: 679-684).

piezas corrían por la corte; incluso el rey tenía tres [...] ¹⁰ (y debía ser cierto; fue acaso parte de lo urdido para comprometer a los jesuitas). ¹¹

Acabaría por redondear el asunto el ex-jesuita Bernardo Ibáñez de Echavarrí con su obra *El reyno jesuítico del Paraguay por siglo y medio negado y oculto hoy demostrado y descubierto*, impreso ya en 1770 pero escrito entre 1758 y 1761 y corriente entre los políticos antijesuíticos de los años sesenta, incluido Campomanes. Ibáñez era un experto en falsificaciones; se había estrenado en la España europea con una biografía de San Prudencio y continuó en América con su oficio. ¹² Pero se le creyó.

Los usos jesuíticos se habían concretado en la acumulación de enormes riquezas. ¹³ Que se buscarían con denuedo en 1767, al ocupar militarmente todas sus pertenencias, y aun mucho después (hasta hoy mismo).

Los privilegios que habían recibido tanto de los pontífices como de los monarcas, además, los procuraban defender y ampliar contra viento y marea, frente al criterio de obispos y superiores de otras órdenes y también de gobernantes civiles que veían mermada así su jurisdicción. Y ahí se inscribía el ejemplo reciente de la exención de diezmar en América, ¹⁴ de que aún hemos de hablar.

¹⁰ Vid. *ibidem*, p. 705.

¹¹ Cretineau-Joli (1846: 429) dice que una de las cosas de que se confesó culpable el duque de Alba poco antes de morir fue de haber sido el inventor de la fábula de Nicolás I y uno de los fabricantes de la moneda con la efigie de este falso monarca. Lo repite, citando a Crétineau-Joli, La Hoz (1859: 341).

¹² Vid. Mariluz (1996: 76-77).

¹³ Sobre la presencia del mito de las riquezas jesuíticas inmediatamente antes de la expulsión, concretamente en tierras peruanas y en relación con las misiones de mojos, Arsi, Peru, 18: *Littere Annue [...] ab anno 1761 in annum 1765* [1766], f. 279. Vid. la visión de conjunto de Armani (1982). Sobre la acusación de haber formado un reino independiente, Kratz (1954: 195-196).

¹⁴ Documentación sobre el asunto del diezmo, entre otros lugares, en AGI, Indiferente general, 3.085-A y B; ARSI, *Hist. Soc.*, 201- II, f. 127-136 (memorial del procurador general de los jesuitas a Carlos III sobre diezmos en Indias), y sobre todo ASV, *passim*. En el primero de los lugares mencionados, 3.085-A, vid. además la *Copia de lo más substancial del Testimonio dado por el Es[criba]no Joseph Pazmiño, comprobado de otros tres, su f[ec]ha en la Ciudad de S[a]n Fran[cis]co de Quito a 5 días de Abril de 1763 [...]*, acerca de las haciendas jesuitas. Sobre lo reducido del crecimiento de las adquisiciones en el arzobispado de Méjico, certificación del bachiller don Juan Josef de Mier, 18 de abril de 1761, *ibidem*. Vid. también ARSI, *Hist. Soc.*, 207, f. 142-169 v, sobre la oposición al tratado de límites,

La habilidad de los procuradores de la Compañía de Jesús no era sólo paradigmática, sino temible, según sus detractores: “los *Padres* de la Compañía —decía el procurador de los Cabildos catedralicios de Méjico y la Puebla de los Ángeles hacia 1760 (en términos que, como ya dijimos, no parecieron bien a sus propios representados)— persiguen y procuran perder a cuantos se les oponen, por más que la oposición sea justa y aun precisa, lo que es notorio en ambos Mundos, y en las Indias lo verifican innumerables ejemplares, y entre ellos es idéntico y singular el del Venerable y *Ilustrísimo Señor* Don Juan de Palafox, gloria inmortal de nuestra España, a quien persiguieron, y persiguen, solamente porque precisado de la obligación de su dignidad pastoral, en virtud de disposiciones canónicas, defendió la jurisdicción de su báculo: el dote de su esposa la Iglesia.”¹⁵ Ya sabemos que Palafox, obispo de Puebla de los Ángeles en el siglo XVII, se había atrevido a reconvenirlos, sobre todo por la acumulación de riquezas, y había sufrido como contrapartida la más feroz persecución. En vida y *post mortem*. Porque los jesuitas eran quienes, con su influencia en Roma, habían impedido e impedían que fuera beatificado.¹⁶

No pagaban los diezmos que debían por sus posesiones indianas. Pero lo que irritaba más a quienes protestaron por esto ante Carlos III, era que las demás religiones lo hacían y no había motivo para pensar que la Compañía de Jesús fuera más meritoria que aquéllas: “cualquiera en aquellos Reinos, y Viña del Señor, y de V.M. —aducían—, ha trabajado y trabaja por lo menos tanto como la de la Compañía.”¹⁷

Con la diferencia de que los jesuitas se habían preocupado de aumentar sus propiedades sobremanera: “en el día poseen más bienes temporales que todas las demás [órdenes religiosas] juntas.”

Sólo en los obispados de Méjico, la Puebla de los Ángeles y Valladolid de Michoacán percibían cada año más de un millón de pesos de

especialmente en 1752-1753; aunque ya se sabe que este asunto ha sido objeto de un muy amplio tratamiento, sobre todo de Kratz (1954), también de Mateos (1951-52) y desde el punto de vista brasileño Escandón (1983). Una breve síntesis del asunto, en Santos (1992: 284-288).

¹⁵ Memorial de los Cabildos catedralicios de Méjico y la Puebla de los Ángeles, sin fecha (1760), *AGI*, Indiferente general, leg. 3085-A.

¹⁶ *Vid.* Arteaga (1985: 584-618). Sobre la folletería antipalafoxiana Bartolomé (1991).

¹⁷ Memorial de los Cabildos catedralicios de Méjico y la Puebla de los Ángeles, sin fecha (1760), *AGI*, Indiferente general, leg. 3085-A.

renta hacia 1760. Habían pasado de tener treinta fincas en 1713 a poseer 79 en 1734,¹⁸ a las que se habían añadido otras cinco y un rancho hasta 1763 (por contra, ciertamente, de haber vendido tres).¹⁹ Eso además de que, con frecuencia, compraban fincas aledañas de las que ya tenían, las agregaban y, con esto, figuraban como una sola las que en realidad eran dos.²⁰

Y siempre iban por las mejores tierras y, de hecho, nunca creaban haciendas, sino que las compraban.

Señor, si cuanto antes no se remedian estos daños públicos, tan substanciales —advertía en 1760 el procurador de los cabildos eclesiásticos novohispanos que antes hemos citado—, V. M. en las Indias tendrá solamente el dominio directo, o será Rey en el nombre; los ministros de Jesucristo quedarán sin alimentos para su decente manutención; las Iglesias sin medios para las fábricas y culto divino, los hospitales sin rentas para sustentar a los enfermos; los seglares, fieles vasallos de V. M., imposibilitados a satisfacer los reales derechos, y aun a mantenerse en estos Reinos, y los *Padres* de la Compañía llegarán a ser dueños de todas las heredades y derechos.²¹

Y, aparte, estaban los caudales propios y ajenos que los jesuitas remitían de las Indias a España sin pasar por registro, o sea engañando al rey.²²

¹⁸ Memorial de los Cabildos catedralicios de Méjico y la Puebla de los Ángeles, sin fecha (1760), *ibidem*. En 1763 se calculaba que las fincas de la Compañía de Jesús en el arzobispado de Méjico rentaban más de cuatrocientos mil pesos al año, según don Josef de Miranda al déan y Cabildo catedralicio de Méjico, 16 de agosto de 1763, *ACMÉ*, Correspondencia, vol. 28.

¹⁹ Cfr. don Josef de Miranda al déan y Cabildo catedralicio de Méjico, 16 de agosto de 1763, *ibidem*.

²⁰ Esto, según instrucción del Cabildo de la Santa Iglesia Metropolitana de Méjico a don Josef de Miranda, su apoderado en Madrid, 18 de abril de 1761, *AGI* I, leg. 3085-A.

²¹ Memorial de los Cabildos catedralicios de Méjico y la Puebla de los Ángeles, sin fecha (1760), *ibidem*. Lo de que no creaban sino que compraban haciendas, en la instrucción del Cabildo de la Santa Iglesia Metropolitana de Méjico a don Josef Miranda, su apoderado en Madrid, 18 de abril de 1761, *ibidem*.

²² La acusación, en la instrucción del Cabildo de la Santa Iglesia Metropolitana de Méjico a don Josef Miranda, su apoderado en Madrid, 18 de abril de 1761, *ibidem*.

Los peligros fundamentales: laxismo y regicidio

Ya hemos dicho que eran abanderados del laxismo teológico. Pues bien, en relación con ello, defendían una moral de justificación de la mentira en determinadas situaciones. ¿Qué en qué se concretaba? Por ejemplo, en aquel pleito sobre los diezmos de Indias, cuando hubieron de obedecer a los *jueces hacedores* del arzobispado de Méjico, que les obligaron a confesar lo que producían, declararon mucho menos de lo que cosechaban realmente. Y juraron tales declaraciones. O sea que perjuraron. Luego, para justificar esa actuación, alegaron que, como partían de la base de que no debían pagar diezmo de los novales (los frutos de las tierras recién roturadas) en virtud de cierto privilegio anterior, habían ocultado ese rubro.²³ El efecto de un tal comportamiento, si cundía el ejemplo, podía ser mortal. “El imperio de las conciencias con su laxa moral –certificaba Campomanes–, desconocida de los Santos Padres, y que Gravina creyó tan dañosa como herejía, fue inundando no sólo a España sino a todo el orbe católico, y a no mediar aquella alta providencia del que gobierna el universo, hubieran perpetuado estos hombres el dominio universal, a que estaban tan cercanos.”²⁴

¿Que éstas eran teorías? Entre las inquietudes que hubo en 1766 en toda España, tras el motín contra Esquilache, fue una la que tuvo lugar en el Arahál sevillano, donde un hacendado, con ayuda de dos escribanos, intentó forzar al Cabildo a efectuar las elecciones a diputados del Común conforme a su criterio. El hacendado y los escribanos fueron procesados y, en el interrogatorio, cuando a uno de éstos –pobre de solemnidad, por cierto– le dijeron naturalmente que dijera toda la verdad, no dudó en responder *que no no todas las verdades se podían decir*; el juez le replicó *que el cristiano estaba obligado a decirla bajo de juramento, aunque fuera contra sí mismo*. Pero el interrogado insistió en *que no todas las verdades se podían decir*. Y no hubo modo de sacarle de ésas.²⁵

A los jesuitas y a sus secuaces se les atribuía por lo tanto doblez, y eso no sólo en general sino aplicado a cualesquiera circunstancias. Los

²³ Según la instrucción del Cabildo de la Santa Iglesia Metropolitana de Méjico a don Josef Miranda, su apoderado en Madrid, 18 de abril de 1761, *ibídem*.

²⁴ *Apud* Barajas (1994: 523).

²⁵ Acta de la declaración, *AHN*, Consejos, leg. 418-9, exp. 1 (*Arahál*. = *Criminal* ...), f. 75-75 v.

ingleses que ocuparon Manila en 1762 —relataba un fraile agustino en 1770²⁶— mataron a otros padres de otras religiones, a excepción de la Compañía, porque “ésta hacía a dos caras, pues por un lado era del inglés y no se metió con ellos, y por otro del Sr. Anda, aunque éste se recelaba mucho de ellos”. El oidor don Simón de Anda había organizado la guerra contra los invasores británicos en el archipiélago.

La maldad llegaba, en fin, al regicidio, como es bien sabido y no dudaban muchos españoles: “defendían —decía de los jesuitas portugueses encarcelados en 1759 el abogado valenciano don Benito Escuderveque ni venialmente pecará quien matase al rey.”²⁷ Son autores —escribiría Roda a Aranda en los años sesenta— de *multitud de obras con que combaten la autoridad real, la doctrina sana y las regalías de la Corona*,²⁸ amén de insistir en la licitud del tiranicidio.²⁹

No era cierto del todo. “El probabilismo, el regicidio, el tiranicidio, la defensa propia contra el injusto agresor, la infabilidad del papa y su autoridad sobre lo temporal de los soberanos (que hoy es la doctrina contra la cual blasfeman los políticos) —tendría que recordar el jesuita Isla en el *Análisis, o sea anatomía de la llamada Consulta del Consejo extraordinario de Castilla al Rey, en vista del Breve del papa Clemente XIII, con fecha 30 de abril de 1767*—, todo esto se enseñaba en todas las naciones de la cristiandad antes de que hubiese en el mundo jesuitas.”³⁰ Lo mismo había dicho en 1762, ante las noticias de Francia, el valenciano don Gregorio Mayáns, eclesiástico culto y poco afecto a la Compañía de Jesús: “La doctrina que se nota a los jesuitas se sabía y no se notaba en otros tiempos, además de que los jesuitas la aprendieron de otros, principalmente de dominicos.”³¹

²⁶ *Relación sucinta, clara y verídica de la toma de Manila por la escuadra inglesa, escrita por el P. Fr. Agustín María de Castro y Amuedo [...] (apud Navarro 1908, I, 87). En el mismo sentido, el fiscal Francisco Leandro Viana en su Diario del Sitio [...] (ibidem, I, pp. 421 y 487). Otros detalles en diversos documentos, ibidem, II, pp. 194 y 409-412 (dictamen del viceprovincial, Bernardo Pazuengos, sobre lo hecho por los jesuitas durante la guerra, 2 de septiembre de 1763).*

²⁷ Cit. Mestre (1997: 16).

²⁸ Cit. Corona (1975: 100).

²⁹ *Vid.* Eguía (1947: 175, 178, 183, 332-340); Rodríguez (1973: 37); Corona (1975: 86-87); Egido (1976: 228, 247-248, 251-252); Olacenea (1978: 106).

³⁰ Cit. Eguía (1947: 338).

³¹ Cit. Mestre (1997: 25). Los datos anteriores, *ibidem*, p. 19.

Era así ciertamente pero también lo era que la mayoría de los teólogos, dominicos incluidos, habían acabado por dejar de decirlo y ellos en cambio no. El *Medula theologiae moralis* de Busembaum, por ejemplo, no sólo lo afirmaba, sino que además, por su pequeñez y baratura –argüían los portugueses del entorno del ministro Carvalho (y se sabía y se leía en la Corte española)–, “anda vulgarizado en las manos de todos los estados de estos Reinos”.³² Y esto (que era verdad) constituía un peligro patente.

El pensamiento eclesial de los reformistas: Tanucci

Hasta aquí, lo que ya sabíamos y no nos parecía suficiente. Mas la correspondencia de Tanucci (que escribía semanalmente a Carlos III y con mucha frecuencia a quienes rodeaban al monarca, y les hablaba con la libertad que vamos a ver, sin duda porque los consideraba convencidos de ello), nos eleva a otro plano: no era un problema circunstancial, pasajero, vinculado a la desgracia de tener un papa como Clemente XIII. Era la historia misma de la Iglesia, era Roma la que encerraba el mal, que se manifestaba en un *delito continuo de lesa majestad* quizás desde los días de San Cirilo.³³ La unión de la dedicación al apostolado con la soberanía temporal (que Jesucristo tenía prohibida a los Apóstoles y rechazó para sí mismo, añadía) había inducido a los papas a tener una conducta política que había acabado por subordinar la religión a los afanes de la soberanía mundana. Consecuentemente, los pontífices habían hecho la guerra, habían suscitado sediciones en estados de príncipes laicos, habían incluso atentado contra las vidas de algunos de éstos (lo habían hecho León IV, Gregorio VIII, Inocencio III, Bonifacio VIII, Sixto IV, acaso Sixto V, Pablo IV ...). Y, cuando los vientos lo permitieron o alentaron, habían introducido formas de explotación económica, generalmente por medio de concordatos, que no estaban conformes con la justicia debida a los pobres, que es de quien realmente eran (atención

³² “Errores impíos, y sediciosos, que los Religiosos de la Compañía de Jesús enseñaron a los reos q[u]e fueron ajusticiados, y pretendieron sembrar en los Pueblos de estos Reynos”, manuscrito, en *Papeles varios de Lisboa = Año de 1759*, Biblioteca del Puerto de Santa María, Fondo antiguo, f. 267.

³³ Cfr. Tanucci (1988, X: 572).

a este argumento, de procedencia protestante, que iba a hacer más tarde fortuna entre los católicos) los bienes de la Iglesia.³⁴

Hacía diez siglos que la Corte de Roma vivía de esta forma: las cruzadas, las Órdenes Militares, el Santo Oficio y tantas otras invenciones habían sido su fruto y su instrumento. En suma, nada tenía que ver la realidad romana con una religión cuyo Redentor la había fundado en la fe, la caridad, la esperanza, la humildad, que no podía ser sanguinaria, ni propagarse con otra cosa que la virtud, el ejemplo y la oración, y no la espada y los cánones.³⁵ A jurisdicción, intereses y abuso de la religión había llegado a reducirse todo el afán de los eclesiásticos en el mundo católico.³⁶

Se lo diría Tanucci al mismísimo *Carlo Terzo*, hablando de la presencia del obispo de Cartagena al frente del Consejo de Castilla: no era prudente, porque la mayoría de los eclesiásticos eran insidiosos con la regalía y contrarios a lo que los Apóstoles mismos les habían ordenado, la obediencia a los magistrados, a los príncipes, a las leyes y a la pobreza.³⁷

De ahí la necesidad del regalismo: los soberanos católicos, a fuerza de experiencia y aguante, habían acabado por comprender que, desde Roma, se empleaban los argumentos religiosos para encubrir una infinita rapacidad de jurisdicción y dinero, y habían exigido que se distinguiera entre esto y aquello.³⁸ Las naciones habían comenzado a aprender a ser católicas sin Roma.³⁹

Ese sentido tenía el *exequátur* (o *pase regio*, o sea el requisito de que toda norma escrita eclesiástica fuera aceptada previamente por el príncipe). Con el *exequátur* los monarcas podían poner coto a las usurpa-

³⁴ Cfr. *ibidem* (1988, X: 259).

³⁵ Cfr. *ibidem* (1988, X: 429).

³⁶ Cfr. *ibidem* (1988, X: 165).

³⁷ Tanucci a Carlos III, 6 de mayo de 1766, *AGS E*, lib. 273, f. 286: La regalía está “insidiata generalmente ell’e dagli Ecclesiastici pretensori dell’indipendenza, della giurisdizione giuridica dei beni profani, e temporali, e disertori dell’Evangelio, e degli Apostoli, che hanno ordinato agli Ecclesiastici l’obbedienza ai magistrati, ai Sovrani, alli Leggi, e la povertà”.

³⁸ Cfr. Tanucci (1988, X: 118).

³⁹ Cfr. *ibidem* (1988, X: 310).

ciones de los obispos, cuya jurisdicción tenía que ceñirse estrictamente a las censuras y nada más.⁴⁰

Porque, en efecto, los obispos habían recibido de Dios la facultad de predicar y de conocer las posibles censuras a que hubiera lugar —*con la Iglesia*, o sea con el sínodo, no por sí solos— y, además, la imposición de las manos (o sea el orden sacerdotal) y el fuero penitencial. Todo lo demás o era usurpación, o era delegación expresa de los príncipes cristianos, quienes, por tanto, podían revocarla y terminar con los abusos en cuanto lo creyeran procedente.⁴¹

Adviértase que esto quería decir que todo lo que atañera al fuero externo, también sobre los eclesiásticos, era delegación jurisdiccional de los soberanos católicos hecha en beneficio del poder eclesiástico. Aquí, la diferencia principal que había entre la posición de estos hombres y el uso del Patronato Regio de los reyes de España, definido a finales del siglo XV, o incluso la doctrina del Regio Vicariato del Rey Católico en las Indias hispanas tal como había sido definida en el siglo XVII: no se trataba ya, como en estos planteamientos, de una delegación o incluso una cesión del poder pontificio a los monarcas españoles, que les permitía proveer de hecho los obispados y otros oficios eclesiásticos, sino de un derecho inherente a la jurisdicción en sí del príncipe.⁴²

Los propios papas lo reconocían tácitamente —alegaba Tanucci— al recordar que los obispos habían recibido de Jesús las llaves del reino de los Cielos, que no era sino el fuero penitencial.⁴³ Aparte de esto, nunca podía un príncipe alienar ni la jurisdicción ni el consiguiente deber de proteger a todos sus súbditos, cualquiera que fuese su estado y condición.⁴⁴ De manera que, si ocurría la alienación, se trataba de un vicio que era preciso erradicar.⁴⁵

Y claro es que ocurría. Incluso el dogma lo cambiaban los papas si servía ese cambio para obtener dinero y jurisdicción.⁴⁶ Nunca se había visto pecar a un eclesiástico a favor de su soberano, sino en contra;

⁴⁰ Cfr. *ibidem* (1988, X: 158).

⁴¹ Cfr. *ibidem* (1988, X: 174).

⁴² En este sentido La Hera (1958-1974).

⁴³ Cfr. Tanucci (1988, X: 242).

⁴⁴ Cfr. *ibidem* (1988, X: 244).

⁴⁵ Cfr. *ibidem* (1988, X: 172).

⁴⁶ Cfr. *ibidem* (1988, X: 163).

siempre pecaban pretendiendo para sí más de lo que les correspondía, nunca por pretender menos; siempre por cábalas y fraudes a la jurisdicción y a la hacienda del príncipe; siempre por avaricia, cuando no por abierta sedición. Su acción se había reducido así a *profesión diabólica*. Inventaban impuestos, espolios, annatas, dispensas y mil artificios infernales para obtener dinero y, con ello, habían terminado por constituir un reino temporal dentro del reino temporal al que pertenecían.⁴⁷

Pasara que el pontífice se atribuyera títulos como el de la infalibilidad, siempre que quedaran precisamente en títulos, pero no sí, además, servían para sembrar la injusticia en todos los actos. En este caso, era pusilánime tolerarlo y sufrirlo.⁴⁸ San Pablo decía que a la Iglesia se le debía *obsequium rationabile*. Pero razonable no equivalía a ciego o brutal. El papa no era un soberano, sino un maestro de religión, y un maestro debía iluminar.⁴⁹ La Iglesia, en suma, estaba en el Estado, no por encima del Estado.⁵⁰

Por lo demás, la humanidad se hallaba a las puertas del hundimiento de la Iglesia, si seguía siendo ésta como era. Se había convertido en el país de los cíclopes y centauros; unos se devorarían a otros. Y bastaba echar una ojeada a la historia más próxima para ver hasta qué punto se acercaba la destrucción. El declive había empezado con León X, el papa del nepotismo y los gastos fastuosos, cuya política económica, de rechazo, había dado origen a la protesta de Lutero. Herejías, concilios, concordatos y, al cabo, la oposición al *exequátur* eran las excrecencias de toda esa podredumbre. Desde hacía algún tiempo, la vanidad y la ignorancia se enseñoreaban del colegio cardenalicio.⁵¹ A las mujeres —llegaba a sentenciar Bernardo Tanucci— les place especialmente la afirmación de la moral jesuítica de acuerdo con la cual *oscula, et tactus non sunt peccati*. Pues bien, Roma era una mujer desde hacía diez siglos. Con razón la había llamado San Juan en el *Apocalipsis*, y Dante tras él, algo peor que mujer.⁵²

⁴⁷ Cfr. *ibidem* (1988, X: 205-206).

⁴⁸ Cfr. *ibidem* (1988, X: 35).

⁴⁹ Cfr. *ibidem* (1988, X: 97).

⁵⁰ Cfr. *ibidem* (1988, X: 108).

⁵¹ Cfr. *ibidem* (1988, X: 36).

⁵² Cfr. *ibidem* (1988, X: 61).

En este punto, el anticurialismo de Bernardo Tanucci se trocaba en singular misoginia: la naturaleza, decía, había querido que las mujeres pertenecieran más a los siglos futuros que al presente; no otra cosa implicaba el hecho de que les correspondiera la propagación de la especie. Toleraban los dolores del parto por el placer de la generación y, para eso, se les había dotado de pasiones impetuosas y entusiasmo en vez de capacidad de raciocinio. Y, por eso, inquietaban, desconfiaban, ofendían, usurpaban, violaban las leyes, fomentaban insidias ... exactamente igual que los eclesiásticos. Los mismos males se correspondían con idénticas artes.⁵³

Frailes, monjes, regulares: esta generación de animales estaba demasiado lejos de la naturaleza y de la humanidad; eran los verdaderos genoveses de los que hablaba Dante, hombres ajenos a cualquier usanza y llenos de defectos.⁵⁴

En el fondo del anticurialismo, llegaba a surgir un jansenismo propiamente doctrinal, que inducía a Tanucci a confesarse creyente en la gracia eficaz, en la predestinación y en la determinación que ejercían sobre cada persona el temperamento y el placer, y ello por designio —pease a todo— divino.⁵⁵

Y, además, Clemente XIII y Torrigiani

Y, en estas circunstancias, hete aquí que habían venido al frente de la Iglesia dos personas malignas: el secretario de Estado, Luigi Torrigiani —deudo y pariente del general de los jesuitas, Lorenzo Ricci— y el papa reinante, que era Clemente XIII. En el palacio pontificio, con ellos, reinaba un pensar *torbido e maligno*;⁵⁶ se trataba de “un pontificato ignorante, e imperito, [...] un Arlecchino finto principe”,⁵⁷ un pontífice “incapace, o per natura, o per incantesimo de’ Gesuiti e di Torriagini

⁵³ Cfr. *ibidem* (1988, X: 132). Insiste en una carta a Galiani, 5 de diciembre de 1761, *ibidem* (1988, X: 344): “Finalmente lo stesso fanno le femmine delle Corti; destinate a partorire hanno la passione in vece del raziocinio.”

⁵⁴ Cfr. *ibidem* (1988, X: 293).

⁵⁵ Cfr. *ibidem* (1988, X: 83).

⁵⁶ Tanucci a Centomani, 15 de agosto de 1761, *ibidem* (1988, X: 9).

⁵⁷ A Centomani, 7 de noviembre de 1761, *ibidem* (1988, X: 276).

della ragione, e di qualunque affare, e servo in vece di esser padrone”.⁵⁸ Habían coincidido, en suma, un hombre feroz y un imbécil, dos negociantes que no pensaban más que en el dinero y en formar un establo de puercos epicúreos:

“[...] il Papa non è mai Melibeo, è Dameta cioè un pastore mercenario del non suo gregge, e perciò egli non esercita il precipitato con quell’amore col qual sogliono amministrarlo li sovrani ereditari.”⁵⁹

Il Papa imbecille col suo ministro stolidamente feroce, e brutalmente furbo, hanno presto, come cani, scossa la battitura. Urtano ciecamente in tutto, e con tutti.⁶⁰

Capitata la S. Sede in mano a due mercanti quali son nati e educati, il Papa, e Torrigiani, non pensa che a danaro, e a pascer l’inerzia e ad esser una stalla di porci epicurei.⁶¹

[...] costui è insoffribile e serve un papa insoffribile, quello per la rusticità, e ignoranza orgogliosa, questo per l’imbecillità avarizia, e passione per li suoi che non hanno alcun merito, e fanno all’interesse loro privato servir l’apostolato di S. Pietro.⁶²

So che al re di Spagna non piace cotesto pontificato. So che li piaceva molto quello di Lambertini.”⁶³

Se refería a Benedicto XIV.

La verdad es que el papa Clemente XIII había sido saludado en la Corte española de manera optimista en 1758, cuando fue elevado al solio. Pero enseguida se puso de relieve que los que rodeaban al pontífice querían reformar, si no derogar, el concordato suscrito con el rey de España Fernando VI en 1753, que marcaba la cota más alta alcanzada por el regalismo hasta entonces. Lo que pesaba más en la curia romana es que se reservaba en él a la Santa Sede la provisión de 52 beneficios tan sólo, y esto con tales condiciones que incluso en esos casos el monarca español podía interferir eficazmente. Esta actitud contraria al concordato influiría notablemente en que se estableciera una neta

⁵⁸ A Orsini, 21 de noviembre de 1761, *ibidem* (1988, X: 310).

⁵⁹ A Centomani, 14 de noviembre de 1761, *ibidem* (1988, X: 294).

⁶⁰ A Montallegre, 15 de septiembre de 1761, *ibidem* (1988, X: 126).

⁶¹ A Caraccioli, 31 de octubre de 1761, *ibidem* (1988, X: 254).

⁶² A Pignatelli, 1 de diciembre de 1761, *ibidem* (1988, X: 335).

⁶³ A Centomani, 5 de diciembre de 1761, *ibidem* (1988, X: 346).

distinción entre Benedicto XIV (papa en 1753, cuando se firmó aquel pacto) y el veneciano Clemente XIII en el ánimo de los que rodeaban a Carlos III. Del primero se destacaba su firmeza y sus conocimientos canónicos, en tanto del segundo se ponía de relieve su debilidad y la limitación de sus saberes. “Mudóse de baraja –escribía Gándara a Wall en 1758 desde Roma, ante la formación del nuevo equipo de gobierno–. [...] es necesario considerar ya este pontificado como un mundo nuevo”.⁶⁴ El rey sabía más que el papa –corroboraba, inclemente, Tanucci– no sólo de política sino también de cánones y hasta de doctrina cristiana. No se arreglaban las cosas con lágrimas de cocodrilo, *o di puttana*, sino con buen corazón, desinterés, teología, prudencia, sencillez y magnanimidad y, sobre todo, con caridad cristiana, humildad, fe, que era cosa que faltaba donde faltaban las buenas obras.⁶⁵ “Roma è ridotta alla sola spelonca di Caco, e la legge di Cristo a ius dei Ciclopi, quali veramente son costì riusciti li papi veneziani”.⁶⁶

Como nuncio en España, “Torrighiani dovrebbe avervi un villano, un criminalista, un banchiere inesorabile come lui”.⁶⁷ El secretario de Estado de Clemente XIII era la cloaca de aquel *imbecellissimo* pontificado. Todos los excrementos de éste caían en Torrighiani.⁶⁸ Si continuaba en el poder semejante criminalista, sería negada la doctrina de San Pablo, San Agustín y Santo Tomás e impuesta la de Pelagio, Molina y Busembaum.⁶⁹ Torrighiani era como los sordos, que hablan en voz alta porque creen que también son sordos los que les escuchan. No sabía historia eclesiástica, sino sólo jurisprudencia de la Marca y creía que a los ministros de los príncipes les pasaba lo mismo. A lo que aún sumaba las cábalas de los jesuitas,⁷⁰ a quienes sería fiel y serviría hasta el asesinato si hacía falta. Soberbio como era y provisto de una buena fortuna, no tenía necesidad de una virtud laboriosa y heroica para ser honesto o, al menos, parecerlo.⁷¹

⁶⁴ Cit. Macías (1994: 717). Sobre las reservas ante el concortado de 1763, *ibidem*, pp. 659-693.

⁶⁵ Cfr. Tanucci (1988, X: 421).

⁶⁶ A Centomani, 22 de diciembre de 1761, *ibidem* (1988, X: 381).

⁶⁷ A Centomani, 14 de noviembre de 1761, *ibidem* (1988, X: 293).

⁶⁸ Cfr. *ibidem* (1988, X: 346).

⁶⁹ Cfr. *ibidem* (1988, X: 378).

⁷⁰ Cfr. *ibidem* (1988, X: 118).

⁷¹ Cfr. *ibidem* (1988, X: 308-309).

No sólo a Tanucci: a los ojos de aquellos otros regalistas españoles (Campomanes, Roda), había venido a darles la razón, entre otras cosas, la reedición del catecismo del concilio de Trento —el de San Pío V— que había ordenado hacer Clemente XIII en 1761 ... previamente expurgada por un jesuita, Giambattista Faure, activo polemista, también beligerante contra la beatificación de Palafox; en la reedición del Catecismo Romano, Faure había sustituido los pasajes y citas de los Padres de la Iglesia que menos convenían a la orientación del papa reinante, concretamente los que implicaban el reconocimiento de la autonomía de los obispos en el ejercicio de la jurisdicción, en relación con el papado, así como los que podían interpretarse contrarios a la doctrina jesuítica sobre la gracia y la laxitud moral. La corruptela del catecismo —exclamaba Tanucci al advertirlo— es sucia, escandalosa y cismática, porque la Iglesia universal no está en las bulas romanas, sino en los concilios, de los cuales fue el Catecismo Romano la voz fiel aprobada y celebrada y predicada en la misma Roma antes de que la maleasen tantas sinvergonzadas.⁷²

La maldad de los jesuitas

Pues bien, en todo eso, a nadie le correspondía un papel tan señero y malvado como a los jesuitas. Eran verdaderos monstruos *odiosos*, que valía la pena extirpar. Nada les importaba ver que todo el mundo católico ardiera y fuera a la ruina con tal de que la Compañía de Jesús *engordara*. Ellos mismos pegarían fuego a ese mundo si llegaran a considerarlo rentable.⁷³

Así que a ellos se debía la tendencia de todo súbdito a robar a su príncipe. Los teólogos jesuíticos habían producido doctrinas diabólicas

⁷² Cfr. *ibidem* (1988, X: 60). Sobre lo mismo, *ibidem*, pp. 7, 18-9, 92, 116-7 y *passim*. Subraya la importancia del antirregalismo, como causa de la expulsión Batllori (1985: 366-368).

⁷³ Cfr. Tanucci (1988, X: 118). En una de las cartas más explícita y prolijamente antijesuítica, la del 3 de noviembre de 1761 que dirige al duque de Losada, Tanucci acaba pidiéndole perdón por la largura del discurso, “che non si può né si deve fare se non ad un soggetto quale è Vostra Eccellenza prossimo ad un sovrano, e confidente d’un sovrano” (*ibidem*, 1988, X: 260).

que lo permitían. Si los soberanos lo supieran, no los querrían en sus estados.⁷⁴ Un cuerpo como la Compañía, extendida por las naciones con la obligación de obedecer ciegamente a su general por encima de cualquier ley, era un cuerpo de *atei della sovranità*, un ejército de bandidos o corsarios. Los masones eran más sufribles que ellos, porque, al menos, no usurpaban los bienes de los ciudadanos de las naciones donde estaban.⁷⁵

Por usurpar, habían usurpado hasta las funciones de los clérigos seculares. Había que quitar a los jesuitas, por tanto, las escuelas, las cofradías, las misiones, incluso los confesonarios y los ejercicios espirituales. Porque todo esto incumbía a los sacerdotes seculares y no a ellos. Si querían vivir unidos en un convento, cantando laudes y vísperas, diciendo la misa y disciplinándose, hiciéranlo en buena hora en vez de insistir en su estilo *secolaresco e mondano*.⁷⁶

Al cabo, el problema radicaba en su laxismo. Profesaban una moral relajada y contraria al Evangelio, que les servía para reclutar en el confesonario penitentes poderosos y ricos, dispuestos a dejarles la herencia a cambio de su laxitud. (Bien entendido que Tanucci consideraba laxitud decir que, haciendo confesión sacramental ante un sacerdote, bastaba la atrición para lograr el perdón del pecado, sin necesidad además del amor a Dios.)⁷⁷

Eso aparte de la moral sexual: llegaban a decir —clamaba el toscano— que *li tocamenti* y los besos no eran pecado.⁷⁸

Y luego estaba su influencia sobre el papado: en el palacio pontificio no se oía sino a los jesuitas, cuya causa venía a presentarse a la postre como la causa de la Iglesia;⁷⁹ todo y en todo era dirigido en Roma por ellos en comandita con Torrigiani, el brutal secretario de Estado de Clemente XIII.⁸⁰ El cuarto voto (de obediencia especial al papa) inducía en la Compañía de Jesús a defender todos los caprichos, toda la rapacidad, todos los abusos que hiciera el pontífice, incluso sus posibles

⁷⁴ Cfr. *ibidem* (1988, X: 151).

⁷⁵ Cfr. *ibidem* (1988, X: 161).

⁷⁶ Cfr. *ibidem* (1988, X: 275).

⁷⁷ Cfr. *ibidem* (1988, X: 258-259).

⁷⁸ Cfr. *ibidem* (1988, X: 258-259).

⁷⁹ Cfr. *ibidem* (1988, X: 43).

⁸⁰ Cfr. *ibidem* (1988, X: 116).

conjuras contra la vida de los prisioneros y las sediciones que de hecho habían fomentado los papas durante tanto tiempo.⁸¹

Del cuarto voto jesuítico, en suma, procedía todo el inicuo sistema de la Dataría Apostólica, de la Secretaría de Estado y de los breves, todas las formas del despotismo papal, todos los atentados contra los soberanos, todas las insidias que emanaban de continuo de Roma contra las naciones y los Estados, toda la depravación de la religión y de la sociedad.⁸² Desde hacía siglos, la Iglesia católica no conocía otros santos que los mártires. Al cabo, el obispo Palafox no había sido sino un santo moderno.⁸³

De ahí que también y sobre todo los jesuitas se opusieran al regalismo. El regalismo contrariaba a los papas y, por eso, por medio de la Compañía de Jesus, en Cortes, confesonarios, consultas, coloquios, por todas partes, sugerían máximas contrarias a los soberanos y a los Estados. Entre otras cosas, la potestad de atar y desatar que Jesucristo había dado a todos los Apóstoles poco antes de la Ascensión, los jesuitas la restringían al pontífice y, una vez monopolizada por éste, no la reducían al fuero penitencial (que es lo que Cristo había otorgado en aquella ocasión), sino que la ampliaban al fuero externo y convertían así al papa en juez de los soberanos, con derecho a castigar, coger y quitar a su placer. Eso sin entrar en su doctrina sacrílega sobre la gracia, que era contraria a San Pablo y Santo Tomás. Ni en su afán de impedir que las Sagradas Escrituras en general y el Nuevo Testamento en particular se tradujera a las lenguas vernáculas, a fin de evitar que los fieles menos cultos se enterasen de las barbaridades que se hacían en Roma.⁸⁴

⁸¹ Cfr. *ibidem* (1988, X: 252-253).

⁸² Cfr. *ibidem* (1988, X: 253).

⁸³ Cfr. *ibidem* (1988, X: 93).

⁸⁴ Cfr. *ibidem* (1988, X: 259-260).

Conclusión

Llegados a este punto, comprendo la expulsión. Si las autoridades de la Monarquía Católica pensaban de este modo, aunque estuvieran equivocadas, se entiende que expulsaran a los jesuitas como quien arranca la más maligna de las hierbas.

Ahora bien, ¿pensaban así, como don Bernardo Tanucci, los regalistas españoles? Un súbdito de Su Majestad Católica tenía que tentarse la ropa antes de hablar con tal violencia. Podía ser reo de la Inquisición. (No se olvide que no la había en Nápoles, pese al empeño de los papas y, en los años de los que hablamos, los intentos de introducirla en 1761 y 1764.)⁸⁵ Pero la correspondencia de Tanucci, en la medida en que se hacía eco de la que recibía el regente napolitano, no da ninguna muestra de que sus corresponsales hispanos disintieran u ofrecieran la menor resistencia a admitir lo que él les decía.

Y lo que importa más: Carlos III confiaba de tal modo en Tanucci, que, sabiendo cómo pensaba, le pidió que fuera él quien explicara a su hijo, el rey de Nápoles, las razones de la expulsión. No cabe, pues, la duda. Pocos días después del extrañamiento de los jesuitas de España, el regente Tanucci halló al rey niño, Fernando de Borbón, *pensieroso sul pericolo della vita che a tutta la famiglia reale poteva venire dai gesuiti*, hasta el punto de que su padre, Carlos III, hubiera juzgado preciso expulsarlos. Y el ministro no desaprovechó la ocasión: llamó al confesor Latilla y, entre ambos,

“parte egli, parte io umiliammo la storia, la politica, la condotta, le massime orrende della Compagnia, l’avarizia, l’orgoglio, la profanazione, colla quale hanno trasformata la religione cristiana, riducendo il papato, che è il primato dei vescovi, la successione di S. Pietro, il vicariato di Gesù Cristo in questo mondo, che vivo volle esser povero, negò di aver nel mondo alcun Regno, obbedì alla sovranità, pagò il censo, in una corte fastosa, ricca, superba, che dice esser superiore di tutti li sovrani, li quali può deporre, trasferendo i regni da persona a persona, da casa a casa, esser superiore di tutti li vescovi successori degli Apostoli, alli quali disse Gesù Cristo *mitto vos sicut misit me Pater* poco prima dell’Ascensione, dando loro la stessa, ed egual potestà, che diede a S. Pietro, salva la precedenza di questo; e dei quali S. Paolo prescrive *posuit Deus vos episcopos regere ecclesiam Dei*,

⁸⁵ Vid. Maiorini (1991: 415).

quam acquisivit sanguine suo; anzi non superiore di potestà dicendo del Papa sulli vescovi, ma padrone, e il solo vescovo della chiesa di Dio, e vicari del Papa tutti li vescovi per salvare l'usurpata collazione dei benefici in tutti li vescovadi; finalmente sostenendo, predicando e ingannando, che quando un sovrano non lascia fare al Papa nel suo Stato tutto quel che il Papa vuole, non lascia alla Compagnia fare nel suo Stato tutto parimente quel ch'ella vuole, quando imponi tributi soverchi, fa guerre soverchie, fa ingiustizie, dà scandali ecc., si può uscidere da ognuno, e uccidendosi acquista dall'uccisore il Paradiso. Finito che solamente per usare al Papa il riguardo dovuto al Capo della Chiesa, ma ancora per non dare scandalo alla maggior parte di quelli, che sono intorno la M.S., li quali dai Gesuiti essendo educati, tengono pregiudizi in capo, e non distinguono religione da giurisdizione, e beni temporali, dei quali ad arte si è fatto dalla Corte di Roma un complesso.

Volle il Re sapere, che fosse la provvidenza economica, della quale V. M. aveva fatto uso nell'espulsione dei Gesuiti; rispondemmo unitamente, e dicendo parte uno, parte l'altro, che la Chiesa, i vescovi, il Papa, i Concili hanno tutta la potestà delle Chiavi, cioè la sacramentale di rimettere li peccati, di non rimetterli, di escludere dalla Chiesa li delinquenti contumaci, di benedire, di santificare, di crear coll'ordine sacro li ministri dell'altare, di spiegar la Santa Scrittura, di riprendere, di predicare, ma la giurisdizione, colla quale si carcera, si esilia, si giustizia da Dio è data ai soli sovrani, li quali per un trasporto di devozione a la Chiesa ne avevano ai vescovi e al Papa nei loro Stati concessa quella parte, che riguarda il punir gli ecclesiastici, riservandosi quel potere, del quale non possono spogliarsi, di custodire i loro Stati contro qualunque ecclesiastico, che li turbi, e inquieti i popoli, li magistrati, la sovranità, potere che principalmente si esercita col cacciare da una città, da una provincia, da un Regno intero i perturbatori e inquieti.”⁸⁶

Hecho lo cual, le contó a Carlos III todo esto que acabamos de transcribir y en nada fue objetado.

En la pragmática de expulsión de los Reinos de España, Carlos III se reservaba las razones *en su real pecho*; se diría que los jesuitas habían sido acusados de difundir una especie ignominiosa: que se preparaba un atentado contra él en las habitaciones de la reina madre, Isabel Farne-

⁸⁶ A Carlos III, 28 de abril de 1767 (*apud* Maiorini 1991: 490-491). Sobre Tanucci y la expulsión de los jesuitas de Nápoles ver Ambrasi (1979).

sio,⁸⁷ antes de que ésta falleciera. O aún peor: que era hijo en realidad de Alberoni y no de Felipe V, como se habría dicho en una carta dirigida por el general, Lorenzo Ricci, al rector del Colegio Imperial de Madrid,⁸⁸ carta falsificada en realidad por Choiseul ...⁸⁹ o por el duque de Alba ...,⁹⁰ o por ambos y alguno más.

No eran, al cabo, sino coherentes consecuencias de una hierba maligna que había que arrojar lejos de las Españas y, si fuera posible, de la Iglesia católica.

En el debate que siguió a la exposición de esta tesis, en el symposium de Berlín cuyas actas recogen este volumen, hubo fuertes contrastes y un punto de coincidencia, entre algunos historiadores, en afirmar que la expulsión no obedeció a una eclesiología (que es lo que, al cabo, vengo a decir aquí y dije allí); habría sido, simplemente, una desamortización camuflada, un enorme expolio de los bienes de la Compañía de Jesús, con intenciones, por lo tanto, predominantemente económicas.

No hay nada, sin embargo, que induzca a pensarlo así. Los bienes fueron requisados, en efecto, pero no incorporados al patrimonio real, sino administrados para atender las necesidades de los jesuitas expulsos. Cuando la administración se normalizó, resultó que apenas llegaban, de hecho, para satisfacer la exigua pensión que los religiosos cobraban. Muchos edificios sencillamente se arruinaron. No hubo, en suma, política ninguna de aprovechamiento fiscal.

Además, se olvida que la expulsión de España e Indias es coetánea a la misma medida adoptada primero en Portugal y en Francia y seguida en otros estados. ¿Fueron todas desamortizaciones camufladas? Nada invita a pensarlo.

⁸⁷ Lo que concluyó Campomanes fue en realidad que se había dicho “que del Cuarto de la reina madre salieron caudales para pagar a los que como mandatarios se mezclaron en el motín de Madrid”: cit. Corona (1975: 85).

⁸⁸ Cfr. Petrie (1971: 129).

⁸⁹ Según Schoell y La Fuente, que cita Danvila (1893, II: 597). La idea de que fue Choiseul el instigador de la expulsión de los jesuitas de España, en Coxe (1815, IV: 353-354). Luego lo han repetido muy diversos autores.

⁹⁰ De esto se habría confesado también algo antes de su muerte, según Crétineau-Joli (1846: 429). Se hace eco de ello La Hoz (1859: 341, 438).

En último término (y aquí vuelvo al subjetivismo con el que comenzaba), un día me pregunté *por qué los jesuitas* y, hoy, insisto en argüir que, si los consejeros de *Carlo Terzo* pensaban de aquella forma del papa, de la curia romana y de la Compañía, no necesitaron desear nada más. La expulsión muy bien les pudo parecer una obra de justicia cristiana.

Bibliografía

- Acevedo, Edberto Oscar (1969): *La rebelión de 1767 en el Tucumán*, Mendoza: Universidad Nacional de Cuyo, 223 pp.
- Alcaraz Gómez, José Francisco (1995): *Jesuitas y reformistas: el padre Francisco de Rávago (1747-1755)*, Valencia: Facultad de Teología San Vicente Ferrer, 795 pp.
- Ambrasi, Domenico (1979): “L’espulsione dei gesuiti dal Regno di Napoli nelle lettere di Bernardo Tanucci a Carlo III”, en *Riformatori e ribelli a Napoli nella seconda metà del Settecento: Ricerche sul giansenismo napoletano*, Nápoles: Luigi Regina, pp. 65-113.
- Armani, Alberto (1982): *Ciudad de Dios y ciudad del sol: el “Estado” jesuita de los guaraníes (1608-1768)*, Méjico: Fondo de Cultura Económica, 232 pp.
- Arteaga y Falguera, Cristina de la Cruz (1985): *Una mitra sobre dos mundos: La de don Juan de Palafox y Mendoza, obispo de Puebla de los Ángeles y de Osmá*, Sevilla: Artes Gráficas Salesianas, 640 pp.
- Barajas Salas, Eduardo (1994): “Cartas de académicos de la Historia al obispo de Beja, Frey Manuel Do Cenáculo” en: *Boletín de la Real Academia de la Historia*, CXCI, núm. 3, pp. 517-564.
- Bartolomé, Gregorio (1991): *Jaque mate al obispo virrey: Siglo y medio de sátiras y libelos contra don Juan de Palafox y Mendoza*, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 329 pp.
- Battlori, Miguel (1985): “I problemi culturali e politici dei Gesuiti sotto Carlo di Borbone in Napoli e in Spagna: vecchie e rinnovate prospettive storiografiche”, en: *I Borbone di Napoli e i Borbone di Spagna: Un bilancio storiografico*, a cura di Mario Di Pinto, Nápoles: Guida, pp. 365-374.
- Burrus (1963), Ernest J.: *Misiones nortenas mexicanas de la Compañía de Jesús, 1751-1757*, Méjico, Porrúa, 132 pp.
- Corona Baratech, Carlos E.(1975): “Sobre el conde de Aranda y sobre la expulsión de los jesuitas”, en: *Homenaje al Dr. Don Juan Reglá Campistol*, t. II, Valencia: Universidad, pp. 79-106.

- Coxe, William (1815): *Memoirs of the kings of Spain of the House of Bourbon, from the accession of Philip V. to the death of Charles III. 1700 to 1788*, 2ª ed., Londres: Longman &, t. IV, 421 pp.
- Creteineau-Joli [J.] (1846): *Historia religiosa, política y literaria de la Compañía de Jesús*, escrita en francés por [...], traducida al castellano por D. J. José González Hebrero, t. V, Madrid: Impr. de T. Aguado editor, 699 pp.
- Danvila y Collado, Manuel (1893): *Historia general de España* escrita por individuos de número de la Real Academia de la Historia bajo la dirección del Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo, t. XI y XII, *Reinado de Carlos III*, Madrid: El Progreso Editorial, vol. II, 629 pp., y vol. III, 692pp.
- Egido, Teófanos (1976): “Motines de España y proceso contra los jesuitas: la ‘pesquisa reservada’ de 1766”, en: *Estudio agustiniano*, XI, núm. 2, pp. 219-260.
- Eguía Ruiz, Constanancio (1947): *Los jesuitas y el motín de Esquilache*, Madrid: CSIC, 429 pp.
- Ferrer Benimeli, José A. (1990): “La expulsión de los jesuitas del Paraguay (según fuentes diplomáticas francesas)”, en: *Estudios sobre la expulsión y extinción de los jesuitas*, San Cristóbal: Universidad católica del Táchira, pp. 39-55.
- Kratz, G. (1954): *El tratado hispano-portugués de límites de 1750 y sus consecuencias*, Roma: Istituto Storico della Compagnia di Gesù, 312 pp.
- La Hera, Alberto de (1958): “El siglo XVIII y las leyes eclesiásticas de Indias”, en: *Estudios americanos*, XVI, pp. 239-252.
- (1963): *El regalismo borbónico en su proyección indiana*, Madrid: Ed. Rialp, 315 pp.
- (1970): “La legislación del siglo XVIII sobre el Patronato indiano”, en: *Anuario de historia del derecho español*, XL, pp. 287-311 (= *Revista chilena de historia del derecho*, núm. 6 [1970], pp. 98-119).
- (1974): “Notas para el estudio del regalismo español en el siglo XVIII”, en: *Anuario de estudios americanos*, XXXI, pp. 409-440.
- [La Hoz, Pedro (1859)]: *Colección de los artículos de La Esperanza, sobre la Historia del reinado de Carlos III en España, escrita por D. Antonio Ferrer del Río, de la Real Academia Española*, 3ª ed., Madrid: Imprenta de La Esperanza, 527 pp. [Es obra anónima pero tanto Danvila (1893, II: 317), como La Fuente (1867, II: 5), la atribuyen a La Hoz. Además, en la portada del ejemplar que empleamos (BNM: 3/103652), hay una anotación manuscrita en el mismo sentido. La primera edición es de 1858.]
- Macías Delgado, Jacinta (1994): *La Agencia de Preces en las relaciones Iglesia-Estado español (1750-1758)*, Madrid: Ministerio de Asuntos Exteriores, 783 pp.

- Maiorini, Maria Grazia (1991): *La Reggenza borbonica (1769-1767)*, Nápoles: Giannini Editore, 526 pp.
- Mariluz Urquijo, José María (1996): “Alaveses en la cultura rioplantense del siglo XVIII”, en: *Alava y América*, edición a cargo de Ronald Escobedo/Ana de Zaballa Beascochea/Oscar Alvarez Gila, Vitoria: Diputación Foral, pp. 67-88.
- Mateos, F. (1951-1952): “El Tratado de Límites [...]”, en: *Missionalia Hispanica*, VIII (1951), pp. 241-316, y IX (1952), pp. 75-121.
- Medina, Francisco de Borja (1991): “Ocaso de una Provincia de fundación ignaciana: la Provincia de Andalucía en el exilio (1767-1773)”, en: *Archivo teológico granadino*, LIV, pp. 5-90.
- Mestre, Antonio (1997): “Reacciones en España ante la expulsión de los jesuitas de Francia”, en: Enrique Giménez López (ed.): *Expulsión y exilio de los jesuitas españoles*, cit. supra, pp. 15-40.
- Navarro, Eduardo (1908): *Documentos indispensables para la verdadera historia de Filipinas*, con prólogo y anotaciones de [...], Madrid: Imp. Asilo de Huérfanos, 2 tomos.
- Olaechea, Rafael (1978): “Resonancias del motín contra Esquilache en Córdoba (1766)”, en: *Actas del I Congreso de historia de Andalucía, diciembre de 1976: Andalucía moderna*, siglo XVIII, t. III, vol. 4, Córdoba: Monte de Piedad y Caja de Ahorros, pp. 75-124.
- Petrie, Charles (1971): *King Charles III of Spain*, Londres: Constable, 241 pp.
- Rodríguez, Laura (1973): “El motín de Madrid de 1766”: *Revista de Occidente*, núm. 121, pp. 24-49 (= “The riots of 1766 in Madrid”: *European Studies Review*, III, núm. 3 [1973], pp. 223-242).
- Santos Hernández, Angel (1992): *Los jesuitas en América*, Madrid: Mapfre, 381 pp.
- Tanucci, Bernardo (1980-1985b): *Epistolario*, diretto da Mario d’Addio, tomos I-V y IX, Roma: Edizione di Storia e Letteratura:
- (1980): t. I, a cura di R. P. Coppini e R. Neri, Prefazione de Mario d’Addio, LXXX + 960 pp.
 - (1980b): t. II, a cura di R. P. Coppini e R. Neri, 801 pp.
 - (1982): t. III, a cura di A. V. Migliorini, XXV + 540 pp.
 - (1984): t. IV, a cura di L. del Bianco LXXIX + 578 pp.
 - (1985): t. V, a cura di G. de Lucia LXXI + 951 pp.
 - (1985b): t. IX, a cura di M.G. Maiorini LI + 977 pp.
 - (1988): t. X, a cura di M.G. Maiorini, XXXIII + 686 pp.
 - (1988-1990): t. X y XI, Roma, Istituto Poligrafico e Zecca dello Stato.
 - (1990): t. XI, a cura di S. Lollini, XL + 849 pp.
 - (1994): t. XIII, a cura e con introduzione di M. Barrio, Nápoles: Società Napoletana di Storia Patria, 455 pp.